

Rastros
Leona Vicario.

CentrArte
Museo del Estanquillo.



Mosaico de asombros

Visitantes extranjeros
en el Centro Histórico



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

CIUDAD INNOVADORA
Y DE DERECHOS

El Centro Histórico visto por extranjeros

LA HISTORIA DE LA CIUDAD ES UNA FUENTE INAGOTABLE DE ASOMBROS, no solo para quienes la vivimos a diario, sino para aquellos que han llegado a establecerse aquí o que, simplemente, han viajado durante alguna temporada y nos han legado los testimonios de la perplejidad que les ha despertado recorrer sus calles, plazas, templos, cantinas, museos...

Desde la llegada de los españoles hasta los tiempos modernos, los migrantes y viajeros ocasionales han forjado una mirada sobre el Centro Histórico, sus lugares y costumbres, que nos ayuda a reconocernos desde otras perspectivas. Hoy podemos disfrutar de estos asombros a través de las cartas que escribieron, las pinturas donde recogieron la vida cotidiana y el paisaje, los libros en los que dan cuenta de lo que encontraron, e incluso de cómo influyeron en otros aspectos, como la arquitectura y las costumbres.

En este número invitamos a los lectores a redescubrir el Centro a partir de un mosaico de testimonios, donde queda claro que la mirada de los otros también nos ayuda a definir lo que somos. Esperemos que lo disfruten.

Los editores



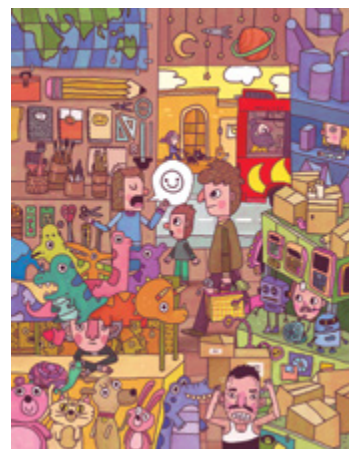
GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO



En portada

Calle de Dolores, en el «barrio chino», Centro Histórico.

POR GUSTAVO RUIZ



En contraportada

El Centro ilustrado

POR DAVID NIETO

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. AÑO 11, NÚMERO 127.
FECHA DE IMPRESIÓN: 20 DE JULIO DE 2019

Claudia Sheinbaum Jefa de Gobierno de la Ciudad de México • **Loredana Montes** Directora General del FCHCM • **Anabelí Contreras** Coordinadora de Promoción y Difusión del FCHCM • **Jorge Solís** Director editorial • **Laura A. Mercado** Diseño y formación
Gustavo Ruiz (pp. 2, 10, 12-15, 19-23) y **Javier Armas** (pp. 8-11, 24-27) Fotografía • **Patricia Elizabeth Wocker** Corrección de estilo
Diana Barreiro Social Media Manager • **Montserrat Mejía** Asistente • **Gabriela Conde, Israel Barrón, Gil Camargo, Rodrigo Flores, Sofía Hinojosa, David Nieto y Carina Viquez** Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74, segundo piso, colonia Centro, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06010 • **Teléfonos:** 5709 6974
5709 7828 | 5709 8005

IMPRESIÓN: Comisa. General Victoriano Zepeda 22, colonia Observatorio, alcaldía Miguel Hidalgo, C.P. 11860 • **Teléfono:** 5516 8586

Número de certificado de reserva 04-2016-041412402300-102

Escribenos a kmcerorevista@gmail.com

[f/KmCero.CentroHistorico](https://www.facebook.com/KmCero.CentroHistorico)

[@kmcerorevista](https://twitter.com/kmcerorevista)

[ig fideicomisocentrocdmx](https://www.instagram.com/fideicomisocentrocdmx)



02 Rastros

Un recorrido con Leona Vicario.



20 Quehaceres

Ochenta años de servicio y memoria.



24 CentrArte

Museo del Estanquillo.

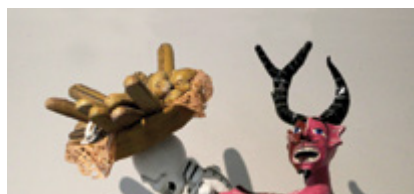


08 A fondo

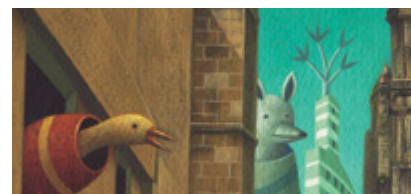
Visitantes extranjeros en el Centro Histórico.



06 Instantáneas



28 Cartelera



32 Niños



Estatua de Leona Vicario, Plaza de Santa Catarina.

Leona Vicario

POR CARINA VÍQUEZ

La presente crónica nos lleva de la mano por calles, plazas, iglesias y la casa donde transcurrió la vida de uno de los personajes más emblemáticos de la Independencia.

¡C UÁNTAS VECES RECORRÍ LAS CALLES DE LA CAPITAL DE la Nueva España! Hoy llaman Centro Histórico a aquella ciudad que ha crecido tanto que ya es difícil establecer sus límites. En ella viví con mis padres en la calle del Ángel (hoy Isabel la Católica). Nací el 10 de abril de 1789 –hace doscientos treinta años ya– y cuando fallecieron mis padres, habité la casa número 19 en la calle Don Juan Manuel Solórzano (República de Uruguay) con mi tío y su familia. A mis veintitrés años, junto con otras mujeres, mantuve correspondencia con los insurgentes o enviaba dinero y medicamentos. Más tarde me uní de lleno al movimiento de la Independencia al lado de Andrés Quintana Roo.

Como consecuencia de mi participación, y a modo de sanción, la Corona confiscó mis bienes. Así que al consumarse la Independencia solicité la retribución de mi patrimonio. De ese modo, el gobierno, como reconocimiento a mi apoyo al movimiento, me otorgó unos terrenos: una hacienda en Apan y tres casas, una sobre la calle de Sepulcros de Santo Domingo (hoy Brasil) y dos sobre Cocheras (Colombia). Con

mi familia habité la casa de Sepulcros durante diecinueve años, hasta el día de mi muerte, el 21 de agosto de 1842 a las nueve de la noche en el cuarto de la esquina del segundo piso, según consta en una placa que se colocó en 1910.

Respecto a la historia de esta casona, será preciso remontarse al año 1526. Según Bertha González Cosío, en su libro *Los sepulcros de Santo Domingo y Cocheras: una casa en el Centro Histórico de la Ciudad de México*, se estima que los terrenos y casas pertenecieron a una familia de apellido Guerrero, que los cedió a los frailes dominicos para que los habitaran mientras construían la iglesia y el convento de Santo Domingo. Cuando llegaron los primeros inquisidores a México en 1571, estos se establecieron en las casas que ocuparon los dominicos. Con el tiempo, el Santo Oficio adquirió los predios colindantes, hasta que en 1732 Pedro de Arrieta construyó el Palacio de la Inquisición o, como la conocíamos todos, la Casa Chata (hoy es el Palacio de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México).



Antigua calle de los Sepulcros de Santo Domingo, hoy República de Brasil (Archivo Villasana).

Debo decir que mi casa no siempre tuvo la apariencia que tiene en la actualidad. Fue remodelada y adecuada según la usanza de cada época, pero, aproximadamente, desde 1764, gracias a la mano del arquitecto Lorenzo Rodríguez, se establecieron el trazo y la vista que podemos encontrar hasta la actualidad: dos pisos y dos patios. A mí me gustan sus balcones, sus escaleras de cantera con talavera, su pasamanos de caoba y ese tragaluz oval que por las tardes refleja los destellos del sol sobre los escalones.

La casa es tan amplia que, según la costumbre de la época en que yo la habité, rentamos la planta baja a Antonio López de Santa Anna. Sí, sé bien que años después vendió parte del territorio mexicano, pero hacia 1823, cuando promovió el derrocamiento de Iturbide, manteníamos buena amistad con él.

Más tarde, en 1831, llegó a la casa un niño de trece años conocido por escribir sonetos, y como su padre había falle-

cido y su madre estaba enferma buscó el modo de ganarse la vida. Un barbero amigo suyo lo recomendó con mi esposo Andrés, quien lo ayudó a conseguir trabajo y lo apoyó en sus estudios: era Guillermo Prieto, quien al escribir sus *Memorias de mis tiempos. 1828 a 1840* y recordar la primera vez que llegó a mi casa la describió así:

Atravesé plazuelas y calles cada vez más conmovido; crucé por la Inquisición, Sepulcros de Santo Domingo, y al llegar a la siguiente esquina, el 2 del zaguán, la puerta de par en par abierta, los soldados y el trajín me advirtieron que estaba en el punto que deseaba. Amplísimo patio, quinqués y reverberos por todas partes, barriles con naranjos, macetas espléndidas en las alturas, y reverberando como sol, en una columna un farol sostenido por una S de fierro, con ráfagas y primores.



Portal de Evangelistas y Plaza de Santo Domingo (Archivo Villasana).

Respecto a lo que pasó con la casa después de mi muerte, no se sabe con exactitud. Se dice que Andrés se mudó por el rumbo de La Merced y que ahí vivió una de mis dos hijas. Lo cierto es que esta casa pasó a manos de la familia de Juan Cordero, pintor nacido en Teziutlán, Puebla, en 1822 y que estudió en la Academia de San Carlos y en Italia. Conocido por sus retratos y cuadros con temas religiosos e históricos, su obra más destacada es un retrato de Dolores Tosta (segunda esposa de Santa Anna), un cuadro titulado *Colón ante los reyes católicos después del descubrimiento de América* y un retrato de Santa Anna. Fueron los descendientes del pintor los que habitaron la casa o rentaron (en la primera mitad del siglo xx) la planta baja para comercios como zapaterías o sastrerías. Si recorres la calle República de Brasil aún verás que estos giros continúan hasta el día de hoy.

En 1978 el gobierno compró la propiedad. Fue así que se creó el Centro Cultural Santo Domingo del Instituto Na-

cional de Bellas Artes y Literatura. Rafael Tovar y de Teresa, entonces director del INBAL, fundó el Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura (CNIPL) que funciona desde 1993 y desde 2005 se llama Coordinación Nacional de Literatura (CNL), donde se difunde y archiva la vida literaria en México.

Aquí, estudiantes, investigadores o personas interesadas en el quehacer literario del país pueden consultar su biblioteca (especializada en literatura mexicana), su archivo hemerográfico, fotográfico y audiovisual o presenciar las diversas actividades que la CNL ofrece en distintas sedes: presentaciones editoriales, cursos, visitas literarias o narraciones orales. En el patio de la casa ya no hay barriles con naranjos ni faroles, pero la puerta abierta de par en par y el trajín le advierten al transeúnte que aún es una casa viva, tanto de ti, querido lector, como lo fue de mí en el siglo xix, la casa que hoy lleva mi nombre: Leona Vicario. 

La imagen del día

*Ciudades que son caminos,
caminos que son personas.*

Rachel Wurtz



Mi zócalo: el aposento de mi insignia, Dulcelina Torres M.



No hay mal que por bien no venga, Paulina del Bosque.



Una partida, Antonio Sevilla.



Fuente serena, Iliana Camalich.



Belleza en la calle Donceles, Silvia Rodríguez.



Noche lluviosa en la Alameda, Jorge A. Moreno.



Luz y sombra, Rubí Rojas Camargo.

¿Quieres ver tu foto publicada
como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar.
Solo manda tu fotografía del Centro Histórico
con un título a kmcerorevistach@gmail.com
o a través de nuestras redes sociales.



Metrópolis de perplejidades: Reconocernos en la mirada de los extranjeros

POR RODRIGO FLORES SÁNCHEZ

La Ciudad de México, en general, y en especial el Centro Histórico, no ha dejado de despertar el asombro de los visitantes extranjeros, que han plasmado sus testimonios en crónicas, diarios, cartas, libros y pinturas.





Calle Moneda.



Academia Nacional de San Carlos.

CAMINO SOBRE LA CALLE DE Moneda a un costado del Zócalo. El pregón de los vendedores acompaña mi trayecto. La mixtura de voces que ofrecen mercancías se revuelve con los testigos pétreos que contemplan mudos el tránsito del presente. Los edificios de la Casa de la Primera Imprenta de América, la Real y Pontificia Universidad, el Palacio del Arzobispado y el Templo de Santa Inés desfilan ante mí. He pasado por aquí muchas veces. No obstante, tengo la impresión de que recorro el camino por primera vez. Llego a la Academia de San Carlos y me asalta una fascinación y un vértigo que me instigan a redescubrir este rincón de la ciudad,

como si esta ruta me fuera desconocida. Miro los medallones en la fachada del edificio y observo el que está dedicado a Manuel Tolsá, tal vez uno de los inmigrantes a quien más debe el Centro Histórico. Este extranjero decidió echar raíces aquí, pues se casó con una veracruzana y tuvieron nueve hijos.

El oriundo de Valencia, tras haber sido designado como director de escultura de la Real Academia de San Carlos de las Nobles Artes, se embarcó rumbo a la Nueva España, junto con setenta y seis cajones con copias de esculturas españolas y vaticanas en yeso, las cuales hoy pueden contemplarse en ese recinto. Su labor excedió por mucho el quehacer docente. En-

tre sus obras se cuentan, además de la icónica estatua ecuestre de Carlos IV («El Caballito»), el Palacio de Minería, el Palacio del Apartado, el Palacio del Conde Buenavista (hoy Museo Nacional de San Carlos), el altar principal de la iglesia de Santo Domingo, el retablo principal de La Profesa (de la que José Moreno Villa dijo «tan ondulada y rococó, tan pintoresca, tan desprendida de una Purísima del Tiépolo por su alegría y vuelo de paños») y la fachada de la Catedral Metropolitana, donde es evidente el sello del arquitecto español.

En el siglo XVI, más de dos siglos atrás, cuando en el espacio donde hoy se ubica la Catedral había un templo dedicado a la deidad solar mexicana,



La Profesa.



Casa de la Primera Imprenta.



La Profesa.

Tonatiuh, los españoles que precedieron a Tolsá carecían de un vocabulario para designar con precisión lo que percibían. Entonces recurrieron a la religiosidad y al imaginario europeo del medioevo, a las novelas de caballerías y a las publicaciones de sus contemporáneos, para nombrar la fauna, la flora, los paisajes, los hombres y los objetos con los que se topaban. De esta manera, decían que veían tigres y leones cuando en realidad miraban ocelotes y pumas; cuando contaban que había un dios de los infiernos se referían a Tezcatlipoca, guardián del Mictlán. De tal suerte, los textos fundacionales de la América novohispana son ambivalentes: tienen un pie en la historia y otro en la ficción.



Catedral Metropolitana.

Los migrantes y viajeros han dejado sus huellas culturales y materiales en el Centro Histórico.



Reloj Otomano.

No es casual que desde que somos niños se nos enseñe que cuando los aztecas llegaron al lago de Texcoco divisaron un águila sobre un nopal que devoraba a una serpiente, y que en ese lugar construyeron Tenochtitlan. Al menos dos autores del siglo xvi, Fernando Alvarado Tezozómoc y fray Diego Durán, dieron por sentada la verosimilitud de la imagen y la transformaron en historia. No obstante, esta leyenda ha sido cuestionada. Para Eduardo Matos, el error consiste en que los cronistas de Indias, en un prodigioso afán de síntesis, mezclaron láminas distintas de un códice que nunca fueron una sola figura: un ave al trituitar algunos pájaros, un águila engullendo a una culebra y un águila sobre un nopal.

Si este símbolo patrio realmente surgió así, la Ciudad de México, espacio fundacional del mito, también se ha articulado y enriquecido por confusiones y pasmos; por los arrobamientos de los visitantes y residentes extranjeros; por las fricciones y avenencias entre quienes llegan y la ciudad que los acoge. El rostro de esta metrópoli de perplejidades ha sido configurado por las sucesivas olas de inmigrantes que se han establecido y que han transferido su huella intelectual, y también material. Solo en el siglo xx la ciudad recibió el flujo de numerosos grupos de refugiados armenios y libaneses perseguidos por el Imperio otomano, judíos que huían de la persecución alemana, españoles republicanos obligados a marchar tras la victoria del fascismo,

exiliados guatemaltecos, chilenos, argentinos, uruguayos y brasileños, que vinieron tras los golpes de Estado en sus países.

Entre los inmigrantes libaneses que llegaron a principios del siglo xx se encontraba el niño Julián Slim Haddad, quien estableció en la calle Donceles la mercería La Estrella de Oriente, una de las primeras de su tipo. Muchos inmigrantes del país del cedro verde se fueron a vivir a la Merced y ahí abrieron sus negocios. Hoy en día en esta zona podemos descubrir restaurantes, comercios y cafés con sabor mediterráneo. También si nos damos una vuelta por la Plaza de la Ranita, en Venustiano Carranza y Simón Bolívar, podemos observar el Reloj Otomano; en 1910, en conmemoración del cente-



Dolores.



Reloj Chino y Palacio de Cobián, en Bucareli.



Arco de la Amistad, Jardín Santos Degollado, barrio chino.

nario de la Independencia de México, la comunidad libanesa obsequió a la ciudad esta obra de estilo morisco, con mosaicos de distintos colores. Otro de los presentes que trajeron los libaneses a este territorio fue el culto a san Charbel, religioso canonizado en 1977 y que hoy en día tiene presencia en muchas iglesias de la ciudad.

Si bien la inmigración judía comenzó desde que inició la Conquista de México, en el siglo xx se intensificó el fortalecimiento de la comunidad hebrea en el Centro Histórico de la ciudad. Provenientes de países como Siria, Turquía, Grecia, Francia y Rusia, los judíos se instalaron en la calle de Jesús María. Se les conocía como «aboneros» porque vendían ropa en abonos. Muchos de sus herederos se

dedican al comercio, abrieron bancos y un sinnúmero de empresas; también los hay arquitectos, periodistas, pintores y científicos. En 1922, en la calle Justo Sierra del Centro Histórico se inauguró la sinagoga Monte Sinaí, la primera de la ciudad.

La relación entre China y México se remonta a la Nao, barcos españoles que cruzaban el océano Pacífico llevando productos del sureste asiático a América. Esta ruta funcionó durante todo el Virreinato y estuvo acompañada de una migración del oriente asiático a algunas ciudades novohispanas. No obstante, fue hasta finales del siglo xix cuando un éxodo numeroso de trabajadores provenientes de China llegó al norte de México para trabajar en las minas y construir los

ferrocarriles. Para celebrar el centenario de la Independencia, en 1910 Puyi, último emperador chino, obsequió a la ciudad un reloj ubicado en las calles de Bucareli y Atenas, junto al Palacio de Cobián, sede de la Secretaría de Gobernación.

En la década de los cuarenta se inauguró el Shanghai, el primer restaurante chino en la calle de Dolores. Poco a poco se abrieron en esa misma calle distintos negocios sino-mexicanos, como casinos, tiendas y otros restaurantes, dando como resultado lo que hoy conocemos como «barrio chino». En 1992, la República Popular China donó a la ciudad el Arco de la Amistad, ubicado en las calles de Independencia y Marroquí, uno de los tres arcos que actualmente hay en la zona.

En pleno barrio chino, en la esquina de las calles Dolores e Independencia, se ubica la vieja cantina Tío Pepe, de la que era cliente asiduo el escritor estadounidense William Burroughs. En su libro *Junkie* rememora una anécdota: «Estaba en una cantina barata junto a la calle Dolores en la Ciudad de México, llevaba bebiendo unas dos semanas y estaba en una mesa con tres mexicanos bebiendo tequila. Los mexicanos iban muy bien vestidos. Uno de ellos hablaba inglés. Un individuo de edad madura, corpulento, de cara triste y dulce, cantaba y tocaba la guitarra. Estaba sentado al final de la barra. Yo me alegraba de que sus canciones hicieran imposible la conversación. En eso entraron cinco policías. Pensé que igual me registraban, de modo que me quité la pistola y la funda del cinturón y la dejé caer debajo de la mesa, junto con un trozo de opio que llevaba guardado en un paquete de cigarrillos. Los guardias se tomaron una cerveza en la barra y se largaron. Cuando metí la mano bajo la mesa la funda estaba allí, pero la pistola había desaparecido».

El asombro ante la ciudad, sus habitantes y sus espacios se desdobra en distintos testimonios a lo largo de la historia, desde la mirada naturalista pero también romántica del explorador alemán Alexander von Humboldt, quien afirmó que «la capital, tal cual la han reedificado los españoles (en relación con la ciudad de los mexicanos), presenta un aspecto acaso menos risueño pero mucho más respetable y majestuoso», hasta la locuacidad de André Breton, quien además de bautizar a México como «el país más surrealista del mundo» dijo que la capital «nos convida a (la) meditación sobre los fines de la actividad del hombre, con sus pirámides hechas de varias capas de piedras correspondientes a culturas muy distantes que se han recubierto y oscuramente penetrado unas a otras».

Mucho antes de la invención del surrealismo, los europeos titubeaban al referirse a lo que veían y escuchaban. Por ejemplo, en el gran tianguis de Tlatelolco, Hernán Cortés en sus *Cartas de relación* admitía su incapacidad para describir las cosas que ahí se vendían porque «son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria y aun por no saber poner los

nombres, no las expreso». Algo similar le ocurre a Bernal Díaz del Castillo, quien se pregunta: «Para qué gasto yo tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza. Porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas».

Cuatro siglos después, un amigo de Burroughs, el escritor *beatnik* estadounidense Jack Kerouac, en su novela *En el camino*, mostró también su estupefacción al referirse a la bulliciosa y exuberante vida nocturna en la calle de Made-ro a fines de la década de los cuarenta: «En el centro de la ciudad miles de tipos con sombrero de paja y chaquetas de grandes solapas, pero sin camisa, andaban tranquilamente por la calzada [...] Andábamos como en sueños. Comimos

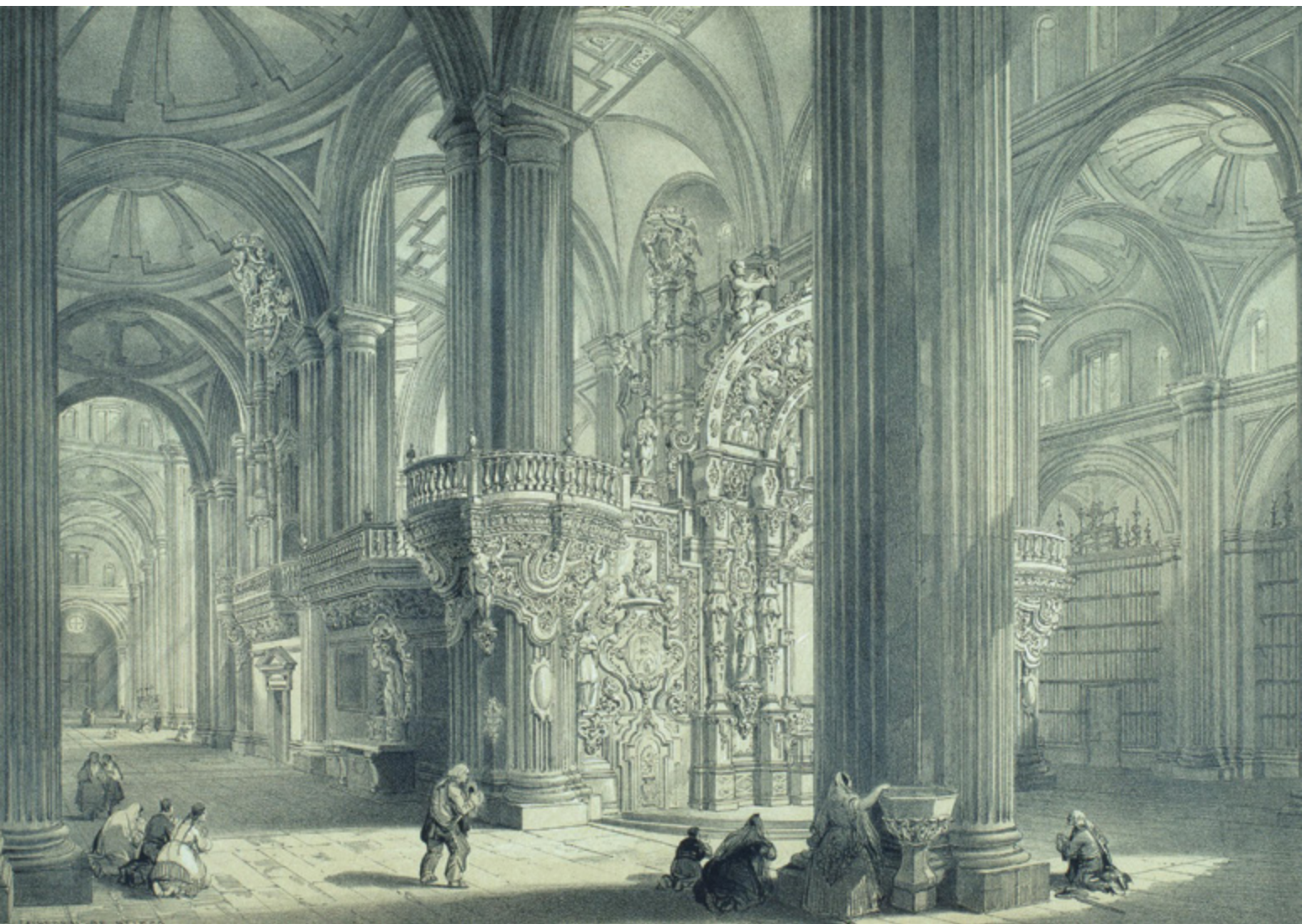
unas ricas chuletas por cuarenta y ocho centavos en una extraña cafetería mexicana con azulejos y varias generaciones de tocadores de marimba de pie junto a una marimba enorme [...]». En consonancia, el chileno Roberto Bolaño, uno de los autores que tal vez hayan rendido uno de los homenajes literarios más conmovedores a la capital, en el siglo xx, en un poema definió a la Ciudad de México como «la prolongación de tantos sueños, la materialización de tantas pesadillas».

Un desconcierto distinto ante esta profusión está inscrito en la

mirada de Andrés de Tapia, soldado expedicionario español. El 8 de noviembre de 1519, tras haberse encontrado Hernán Cortés con Moctezuma por primera vez en donde ahora se ubica el Hospital de Jesús, el grupo de soldados fue conducido al palacio del *tlatoani* mexica, en el espacio donde hoy se encuentra el Palacio Nacional. El cronista describe la primera noche que pasó la comitiva de Cortés, de la que él formaba parte, en el suntuoso palacio de Moctezuma, «El marqués, después que reposó algo de aquel día que a México llegó, con el cuidado que de su vida y de los de su compañía tinie, andábase paseando por dentro de su aposento, e vio una puerta que le pareció que estaba recién cerrada con piedra e cal, e hízola abrir, e por ella adentro entró y halló mucho grand número de aposentos, e en algunos dellos mucha cantidad de oro en joyas e en ídolos, e muchas plumas, e de esto muchas cosas muy para ver».

Desde los cronistas de Indias a los surrealistas y del barón de Humboldt a los poetas de la generación *beat*, la vida del Centro ha despertado un caudal de testimonios.





«Interior de Catedral», John Phillips (litografía).

Uno de los mayores estupores que se han llevado los visitantes es el contraste entre el boato de las construcciones y la pobreza de algunos de sus habitantes. A Mayer Brantz, diplomático estadounidense que se desempeñó en la Ciudad de México durante la primera mitad del siglo XIX, le causaban sorpresa algunas escenas frente a la Catedral: «En torno a esta espléndida mina de riquezas hay indios medio desnudos, boquiabiertos de asombro,

o postrados de rodillas ante la imagen de algún santo predilecto. ¡Penoso contraste el que ofrece la miseria humana con el esplendor del ara!».

En cambio, a Frances Erskine Inglis, mejor conocida como madame Calderón de la Barca, aristócrata y cronista, que describió puntillosamente en *La vida en México* sus experiencias en el país antes de la Primera Intervención Estadounidense, parece no haberla impresionado ni el

interior ni el exterior de la Catedral, pues luego de una muy somera descripción consignó: «No se veía un alma cuando llegamos al sagrado recinto, solo léperos miserables, en andrajos, mezclados con mujeres que se cubrían con rebozos viejos y sucios; ya para irnos vimos, aquí y allí, a unas cuantas señoras de mantilla, pero dudo que llegaran a la media docena. El suelo está tan sucio que no puede uno arrodillarse sin una sensación de ho-



«El Caballito en el claustro de la Real y Pontificia Universidad de México», Pietro Gualdi (litografía).

Durante el siglo XIX, los llamados «artistas viajeros» forjaron su estética basándose en el paisaje mexicano y los aspectos de las calles del Centro.

rror, y sin la determinación íntima de cambiarse después de ropa a toda prisa. [...] ¡Qué alivio, después de la misa, encontrarme otra vez al aire libre!».

El pintor y litógrafo inglés John Phillips en «Interior de Catedral» plasmó una escena paralela a la narrada por Brantz, en la que se representa a personajes de clases sociales distintas en esa misma iglesia. Sus vestidos manifiestan la riqueza y la pobreza de unos y otros. El pintor opuso esta coexistencia a la suntuosidad y grandeza del edificio, que parece anular la pequeñez de sus visitantes.

Además de Phillips, otros artistas retrataron la Ciudad de México en distintos momentos del siglo XIX, llaman-

do la atención sobre la arquitectura, los monumentos, el paisaje urbano, pero también acerca de las costumbres. En aquellos años varios pintores europeos visitaron algunas regiones del continente americano con la encomienda de captar la esencia de sus pueblos, y para ello emplearon fundamentalmente la litografía, pero también la acuarela y el óleo. Con gran naturalismo registraron un gran número de inmuebles.

Entre aquellos que vinieron sobresale el italiano Pietro Gualdi, conocido en México como Pedro. En el álbum *Monumentos de México*, primero de su tipo en el país e impreso en 1841, representó con gran realismo la Catedral

Metropolitana, el Santuario de Guadalupe, la iglesia de Santo Domingo, el convento de La Merced, la Universidad (con todo y «Caballito» adentro, tras haber sido sacado del Zócalo y enclaustrado ahí durante el gobierno de Guadalupe Victoria), el Palacio de Minería, el Palacio de la Diputación, la Cámara de Diputados, además de paseos, como el de Bucareli. Asimismo, Gualdi es autor de un conjunto de vistas aéreas publicadas con el título *Panorama de México tomado desde la torre de San Agustín*, obra que reúne testimonios visuales del trazo armónico y simétrico de la capital durante el comienzo de la vida independiente del país.



Avenida Juárez.

Otros artistas que estuvieron en la república fueron el alemán Carl Nebel y el inglés Daniel Thomas Egerton. El primero publicó el álbum *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana* en 1836. Su formación de arquitecto le permitió obtener en sus obras una perspectiva rica de los edificios de la Ciudad de México. Por su parte, Egerton residió en el país la última parte de su vida y publicó una serie de litografías que mostraban escenas campiranas y también alguna del Valle de México. Egerton fue asesinado junto con su esposa en el entonces pueblo de Tacubaya, sin que se resolviera el crimen.

Otra de las facetas que han admirado los extranjeros en el Centro Histórico es su modernidad. Paul Morand, diplomático y escritor francés, escribió varias crónicas relativas a sus travesías. En 1927 hizo un recorrido por el país lo que le permitió escribir *Viaje a México*. Ahí dejó patente su entusiasmo: «La ciudad más antigua de América con sus templos, sus palacios y sus juegos de pelota, desde el siglo XIII mientras Nueva York era solo una roca y Buenos Aires un desierto».

En efecto, casi desde que terminó la Conquista en lo que ahora conocemos como Centro Histórico han tenido lugar sucesivos proyectos de modernización. Ya a principios del siglo XVI, el militar

inglés Thomas Gage se admiraba no únicamente de las ostentosas edificaciones administrativas y religiosas, sino de las calles «anchísimas; en las más estrechas pueden ir de frente tres carrozas, y seis lo menos en las mayores, lo que la hace aparecer más grande de lo que es».

La herencia barroca y neoclásica de la Ciudad de México tuvo su culmen a fines del siglo XVIII durante la administración del virrey Juan Vicente de Güemes, II conde de Revillagigedo. En esa época, el arquitecto y urbanista español Ignacio Castera pavimentó calles y caminos, edificó puentes y llenó canales, dotando a la ciudad de un nuevo rostro, que per-



Palacio de Hierro, avenida 5 de Febrero.

El Centro se ha constituido como un mosaico multicultural que deja atónitos a los viajeros.

El colombiano Federico C. Aguilar, quien visitó a fines del siglo XIX la ciudad, describía las transformaciones en el Centro: «La soberbia calle de Cinco de Mayo está ya terminada, después de transformar el oscuro, angosto e in-mundo callejón de Mecateros en ancho, elegante y bellísimo *boulevard*, nada inferior a los mejores de París; muchos grandes palacios se levantan desde sus cimientos, o se refacciona a la moderna en todos los cuatro vientos de la ciudad: complicada red de cientos de alambres cruzan por encima de la casas para el servicio de los telégrafos, los teléfonos y del alumbrado eléctrico; numerosos wagones de tranvías circulan por donde quiera».

El Centro Histórico de la Ciudad de México, de esta manera, ha sido objeto del asombro tanto de propios como de extraños, de remociones y destrucciones, de ataques y fervores. También puede ser considerado una pequeña metrópoli en sí mismo, una no tan diminuta urbe en el corazón de la capital. Históricamente se ha constituido como un mosaico de culturas, de fusiones y tensiones definitivas, que pueden dejar al visitante atónito, pero nunca indiferente. 

manecería más o menos incólume hasta la llegada de Juárez y los liberales al poder, quienes se encargaron de destruir varias iglesias y usar algunos conventos como caballerizas. No obstante, unos años más tarde, durante el porfiriato comenzó una nueva remodelación de la ciudad, con el objetivo de hacer de esta urbe «la París de América».

Fue entonces cuando el alumbrado público eléctrico se extendió y el tranvía hizo su aparición, al mismo tiempo que la calle de Plateros (hoy Madero) se llenó de comercios y tiendas de moda. Asimismo, las primeras tiendas departamentales como El Correo Francés, las Fábricas Universales, Las Fábricas de Francia, París-Londres y el Puerto de Veracruz abrieron sus puertas.

Hospital de calzado Panchito

POR SOFÍA HINOJOSA

AL CAMINAR POR LAS CALLES DEL CENTRO HISTÓRICO TODAVÍA ES POSIBLE ENCONTRAR establecimientos que parecen resistirse a las transformaciones que, para bien o para mal, identificamos con la modernidad. Son sitios de gran importancia. En esos locales se conservan los oficios tradicionales y se establecen lazos comunitarios, creando signos de identidad. Varios de ellos tienen un origen familiar y, en su trajinar, han aprendido a cambiar con los tiempos, transmitiendo sus técnicas y saberes de generación en generación.

Este es el caso del hospital de calzado Panchito, que la familia Castillo ha mantenido desde hace prácticamente ochenta años. Actualmente lo atiende el maestro Julio César, quien por ahí de 1996 empezó a encargarse del lugar, que antes estuvo en manos de su padre. Aunque el que abrió las puertas del establecimiento hacia 1940 fue su abuelo, hijo de una familia de comerciantes, quien emigró desde Guanajuato. El taller está ubicado en el local 2 de la calle de Buen Tono número 22, pero la entrada se encuentra caminando por Delicias, muy cerca del Centro Telefónico San Juan, que empezó a construirse en 1969 y fue inaugurado en 1973, cambiando el panorama con su imponente antena que aún se mantiene en pie.

Nos atiende el maestro José Elías, quien entresemana da clases de inglés y solo algunos días viene desde el Estado de México para ayudar a su hermano. Orgulloso, nos aclara que nunca han recurrido a trabajadores, solo miembros de la familia, pues tienen una imagen que cuidar y gracias a este cuidado han conservado a su clientela durante décadas enteras. Incluso algunas personas que llevan a reparar sus zapatos viven en otros sitios, como Estados Unidos, y aprovechan sus viajes a la Ciudad de México para encargárles trabajos.







Los hermanos Castillo han visto las transformaciones de estas calles, pues vivieron en el rumbo y cursaron sus primeros estudios muy cerca de aquí (la primaria en el Centro Escolar Revolución, de Balderas, y la secundaria en General Prim). Recuerda que la calle de López era básicamente vecinal y los expendios de pollo estaban sobre todo en Arandas. Sitúa los mayores cambios a partir de 1985, pues después del terremoto muchos vecinos migraron. Pero las calles siguieron vivas, por su intensa actividad comercial y de oficinas de servicios. Por lo mismo, ahora su mayor clientela es de oficinas y comerciantes que laboran por la zona.

Asimismo, el paisaje comercial no es el mismo. Los locales despachados por familias son cada vez menos nume-

rosos, aunque no son pocos los que permanecen, a veces manteniendo el mismo giro, otras cambiando para adaptarse a las nuevas épocas. Sin ir más lejos, el taller de la familia Castillo colinda con otros dos establecimientos que han estado ahí por generaciones. Uno es la tienda Casa Esquivel y, a unos cuantos pasos, está la fonda Mi Lupita, que empezó a atender a la gente en 1957, según una placa que exhiben en la entrada.

«Cuando éramos chiquillos –nos comparte con nostalgia–, había fútbol aquí en la calle hasta las diez u once de la noche. Salían niños y niñas a jugar Dieciocho, Tamaladas, Burro dieciséis, varios juegos que ya ni existen». También nos cuenta que, en los días de calor, iban a refrescarse a



una fuente que estaba en el atrio de la iglesia de Buen Tono, de la que ya no queda ningún rastro. O cruzaban Salto del Agua, para ir también a la fuente del Templo de Nuestra Señora de Belén de los Mercedarios, por donde ahora está el Registro Civil.

Aprendieron el oficio por necesidad, pues durante las vacaciones le ayudaban a su papá. Sus otros hermanos (son cinco en total) se dedican a la ingeniería civil, la ingeniería de sistemas y a atender un negocio propio, pero todos en algún momento de su vida han colaborado en el taller. Así que no sorprende el apego a su oficio, del que declara sin duda que «es muy noble y nunca te deja sin comer, pues ¿quién no ha necesitado alguna vez reparar sus zapatos?».

Al igual que otras personas que se dedican a oficios de corte más artesanal, resiente un cambio muy marcado a causa de la industria, pues «hoy en día todo se vuelve más desechable». En su opinión, varias personas no acuden al taller de la familia Castillo sencillamente porque es más fácil cambiar el calzado barato por otro nuevo. Pero no lo dice lamentándose ni con preocupación, pues asegura que «hay para todos los gustos» y siempre habrá quien busque el servicio que ellos brindan con el mayor de los empeños. 📍

.....

Hospital de calzado Panchito (Buen Tono 22, local 2). Lunes a viernes, de 9 a 18 horas; sábados, de 9 a 13:30 horas.



MUSEO DEL ESTANQUILLO

POR GABRIELA CONDE

El edificio de La Esmeralda abrió sus puertas desde el siglo XIX, y actualmente alberga las colecciones sobre arte y cultura popular de uno de los cronistas más entrañables de la ciudad.

LA FIGURA DE CARLOS MONSIVÁIS ESTÁ UNIDA DE MANERA innegable con la vida de la ciudad. Perteneció a esa estirpe de cronistas brillantes que en nuestras costumbres y creencias, en las calles que recorremos a diario, en los personajes que irrumpen en nuestros escenarios, encontraron los motivos de su asombro y la fuente inagotable de su escritura. Al igual que ocurre con Salvador Novo, Luis González Obregón, Artemio de Valle Arizpe y tantos otros cronistas, la obra de Monsiváis no se entiende sin el trajín continuo de la Ciudad de México y, entre todos los sitios, uno muy especial: el Centro Histórico, al que consideraba «un microcosmos sin edad», según uno de sus apuntes más citados de *Los rituales del caos*.

En esas páginas también afirma que aquí se da una metamorfosis continua entre lo viejo y lo nuevo. Por ello no es

de extrañarse que su presencia y legado continúen vivos en esta zona, más allá de sus libros y artículos. Nos referimos, desde luego, al Museo del Estanquillo, que resguarda las colecciones del escritor mexicano, interesado en múltiples expresiones artísticas. A lo largo de su vida forjó con paciencia colecciones donde están bien representadas sus pasiones: el arte popular, la caricatura, la fotografía, el grabado, el cine, los libros, los juguetes, el cartel, las partituras, etcétera. Es un acervo que se integró de manera paulatina, a lo largo de cuatro décadas de búsquedas detalladas, lo mismo en mercados artesanales que con coleccionistas especializados o mediante encargos directos a artistas y creadores de todo tipo. En total, conforman más de veinte mil piezas en las que es posible reconstruir algunos momentos de nuestra historia y disfrutar técnicas, procesos y estéticas variadas.



El recinto, ubicado en el número 26 de la calle Isabel la Católica, casi en la esquina con Francisco I. Madero, abrió sus puertas desde noviembre de 2006. Cuenta con tres salas de exhibición, donde podemos apreciar no solo el acervo permanente del museo, sino exposiciones temporales. Aquí el público puede acercarse a pinturas de Diego Rivera y Francisco Toledo, caricaturas históricas, como las de Santiago Fernández, o modernas, como las de Rius, grabados de José Guadalupe Posadas o Leopoldo Méndez y las fotografías de Nacho López, Héctor García o Guillermo Kahlo, por nombrar tan solo algunas sorpresas de las que el visitante puede disfrutar.

A través de las colecciones de Monsiváis se nos brinda un retrato de varios momentos de la historia de México. Uno puede disfrutar los retratos humorísticos de la vida

cotidiana de las clases populares en el siglo xx al acercarse a los dibujos de Gabriel Vargas, el autor del emblemático cómic *La familia Burrón*, o entender algunos usos y costumbres en esferas como la política, la publicidad o la economía a través de carteles, documentos y prensa de otras épocas.

Además de las exposiciones, el museo le ofrece al visitante una sala de lectura, inaugurada en 2011, que reúne cerca de dos mil trescientos ejemplares sobre historia de México, bellas artes, literatura, una pequeña colección infantil y, desde luego, obras del propio Monsiváis.

El edificio donde todas estas joyas se resguardan es conocido como La Esmeralda, debido a que a finales del siglo xix ahí se asentó la joyería La Esmeralda Hauser-Zivy y Compañía. En esa entonces, la calle de Madero era conocida



precisamente como Plateros, pues en torno a ella se congregaba el gremio que ofrecía joyas, cajas musicales, piezas en distintos metales, etcétera, de hecho aún se mantiene esta actividad comercial en el rumbo. Por su parte, Isabel la Católica era conocida como la calle de Espíritu Santo.

La compañía joyera formaba parte de las empresas francesas que se establecieron en México durante el porfiriato. El edificio fue inaugurado el 27 de noviembre de 1892 y, en las páginas de *Inversiones francesas en la modernidad porfirista: mecanismos y actores*, el historiador Javier Pérez Siller ha rescatado el testimonio que un reportero publicó con motivo de este evento: «A ese palacio de mármol y pedrerías acuden las más bellas y elegantes damas, así como las notabilidades de las finanzas y la política en México».

Los elementos mencionados (como los ornamentos de mármol) aún pueden apreciarse, no solo en el aspecto exterior del edificio, sino en su interior. Las paredes de mármol, que están frente a la sala de lectura, las columnas de hierro y algunos ventanales sobrevivieron a las mutaciones del edificio, que funcionó como oficinas de gobierno, sucursal bancaria e incluso como una discoteca. El proyecto para restaurarlo estuvo a cargo del arquitecto Gabriel Mérida-Basurto, que comenzó recuperando elementos como cornisas y otros ornamentos. Posteriormente se crearon los espacios del museo que, aunque relativamente joven, resguarda piezas sumamente entrañables de la cultura mexicana. 🍷

.....

Museo del Estanquillo (Isabel la Católica 26). Miércoles a lunes, de 10 a 18 horas. Gratis.



Foto: cortesía Secretaría de Cultura de la Ciudad de México



Foto: cortesía INBA

Museo Archivo de la Fotografía

Este espacio trabaja para difundir el patrimonio y la cultura visual a través de exposiciones, talleres, conferencias, conciertos y otras actividades. Su archivo resguarda un importante acervo fotográfico que concentra más de dos millones de imágenes, las cuales permiten apreciar el crecimiento y los cambios que ha vivido la Ciudad de México durante casi un siglo.

Ahora abre sus puertas con dos exposiciones. La primera de ellas, *Pueblo ciclistero*, ofrece una panorámica de la primera bicicleta que transitó en la Ciudad de México a finales del siglo XIX, en pleno porfiriato, así como fotos y objetos de coleccionistas. La segunda es *Pax, la cámara y el oficio*, una retrospectiva del maestro Rubén Cárdenas Pax, y consiste un recorrido por las diferentes facetas del fotógrafo integrada por más de cien imágenes que ha publicado en diversos periódicos, en las cuales se ilustran momentos trascendentes en la vida del país.

.....

Museo Archivo de la Fotografía (República de Guatemala 34). Martes a domingo, de 10 a 18 horas. Gratis.

Me quiero ir al mar

Adentrarse en el trabajo del pintor mexicano Francisco Icaza implica hacer un viaje a través de las técnicas que maneja: acuarelas, tinta y óleo. Desde pequeño utilizó la pintura como medio para denunciar los pesares de la Segunda Guerra Mundial –ya que nació en la embajada de México en Alemania, durante los días del régimen nazi– y, poco a poco, su trabajo se enfocó en sus viajes por el mundo.

El Museo del Palacio de Bellas Artes presenta *Me quiero ir al mar*, una de las más grandes retrospectivas del trabajo gráfico de Icaza. A través de ciento cuarenta y cinco piezas, bajo la curaduría de Santiago Espinosa de los Monteros y Natalie Gama Pourdanay, se muestra su visión del mundo. Además, se integran piezas que no habían sido mostradas, o únicamente en contadas ocasiones.

Mediante tres ejes temáticos (Memorabilia, Pájaros y figuras y Obra última) se pondera la importancia de este pintor clave en la cultura mexicana.

.....

Museo del Palacio de Bellas Artes (Juárez s/n). Martes a domingo, de 10 a 17:30 horas. \$70. Hasta el 8 de septiembre.



Foto: cortesía Comisario Pantera

Comisario Pantera

Gracias a las redes sociales y otras plataformas de internet, para las bandas emergentes es mucho más fácil conseguir la atención del público, como ha sido el caso de Comisario Pantera, cuya propuesta es denominada por sus integrantes como «rock orgánico», el cual se caracteriza por los sonidos directos, a veces crudos, de dos guitarras, un bajo y una batería.

Desde Milpa Alta, Darío, Roger, Iván y Piojo formaron la banda en 2005, y no fue sino hasta 2010 que presentaron *Como la primera vez*, EP que contiene éxitos como «Fuerte» y «Sofá». En 2012 llamaron la atención con su primer LP, *Jóvenes ilustres*, y se hicieron de una buena base de seguidores.

Para celebrar más de diez años de trayectoria musical, Comisario Pantera vuelve al Teatro Esperanza Iris el 31 de agosto, con la misión de hacer un repaso por su discografía y agradecerle al público su apoyo.

.....

Teatro de la Ciudad Esperanza Iris (Donceles 36). Sábado 31 de agosto, 19 horas. \$150-\$450.



Foto: cortesía Secretaría de Cultura

Tierra herida. Grabados de las Américas

El Museo Nacional de las Culturas del Mundo hace un viaje por todo el continente americano explorando el tema de la explotación minera por medio del grabado. Gracias a la obra de cuarenta y tres artistas de veinte países conocemos más sobre lo que implica extraer minerales de la tierra.

La exposición viajó antes a Milwaukee y Chicago, en Estados Unidos. Curada por Alec Dempster, muestra grabados de paisajes erosionados, ambientes contaminados, máquinas atacando la flora y la fauna y los peligros de los trabajadores en las minas, a kilómetros de profundidad.

En *Tierra herida. Grabados de las Américas* participan artistas como Patricia Concina, Lulhy Cardoso, Beatriz Melo, Francisco Maringelli, Jerry Evans, George Walker, Jo Anne Lanneville y Marta Chudolinska.

.....

Museo Nacional de las Culturas del Mundo (Moneda 13). Martes a domingo, de 10 a 17 horas. Gratis. Hasta el 30 de septiembre.



Foto: Gustavo Ruiz

Manzanares 25

Tras ocho años de trabajos intensos, por parte del Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México en colaboración con el INAH, el Centro Cultural Manzanares abrió sus puertas a finales del año pasado. El recinto es considerado la casa más antigua de la ciudad, la única en su tipo, y data del siglo XVI.

Ahora ofrece talleres para que niñas y niños de seis a doce años puedan explorar su lado circense y adquirir herramientas artísticas. El taller de malabares y acrobacias, impartido por el actor Bruno Benítez, estará enfocado en desarrollar habilidades con bastones, pañuelos y pelotas; el de clown, a cargo de la actriz Laura Jerkow, ayudará a sacar a flote el carisma personal diseñando nuestro propio personaje, mientras que en *Inventando el arte*, la psicóloga y promotora cultural Angélica Hernández acompaña a los pequeños a descubrir sus capacidades para construir historias fantásticas, reciclando materiales para crear algo nuevo a partir de la imaginación.

.....

Centro Cultural Manzanares (Manzanares 25). Martes y jueves en distintos horarios (11 a 18 horas). Gratis.

El Centro por día

AGOSTO 2019

SÁBADO 3 | 18 HORAS

MÚSICA



SWING ARRABALERO

Antiguo Palacio del Arzobispado
(Moneda 4). Gratis.

MIÉRCOLES 7 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



BAJO LA ESPUMA, MISTERIOS DE LA CERVEZA

Museo Interactivo de Economía
(Tacuba 17). \$95.

SÁBADO 10 | 15 HORAS

CINE



MICGÉNERO: ECOFEMINISMOS

Museo de la Mujer (República de Bolivia 17). Gratis.

DOMINGO 4 | 19 HORAS

TEATRO



LOS AÑOS

Foro A Poco No (República de Cuba).
\$174.

JUEVES 8 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

DERECHOS HUMANOS, COMUNICACIÓN, GÉNERO Y PAZ

Museo de la Mujer (República de Bolivia 17). Gratis.

SÁBADO 10 | 12 Y 16 HORAS

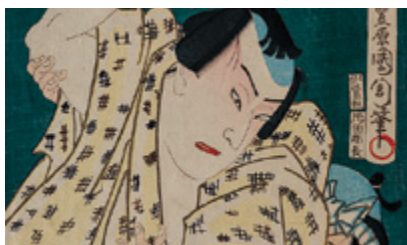
CINE

MICGÉNERO: DISONANCIAS Y ETARISMO Y RELACIONES INTERNACIONALES

Centro Cultural del México Contemporáneo (Leandro Valle 20).
Gratis.

VIERNES 9 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



PASAJERO 21, EL JAPÓN DE TABLADA

Museo del Palacio de Bellas Artes
(Avenida Juárez s/n). \$70.

DOMINGO 11 | 15 HORAS

CINE

MICGÉNERO: DERECHOS SEXUALES Y REPRODUCTIVOS

Museo de la Mujer (República de Bolivia 17). Gratis.

LUNES 5 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

UN PASEO POR LAS ARTES VISUALES EN LA COLECCIÓN CARLOS MONSIVÁIS

Museo del Estanquillo (Isabel la Católica 26). Gratis.

DOMINGO 11 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

EL ANTIGUO MUSEO ETNOGRÁFICO

Museo del Templo Mayor (Seminario 8). Gratis.

MARTES 13 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



XX EN EL SIGLO XXI

Museo Nacional de Arte (Tacuba 8).
\$70.

MIÉRCOLES 14 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

SOMOS TABACALERA

Museo Nacional de San Carlos (Puente de Alvarado 50, Tabacalera). \$50.

JUEVES 15 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN

ENTRE LA MODA Y LA TRADICIÓN. COLECCIÓN MADAME ROSTAN

Museo Franz Mayer (Hidalgo 45). \$60.

VIERNES 16 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



GILBERTO ACEVES NAVARRO: HOY

Museo de la Ciudad de México (Pino Suárez 30). \$34.

SÁBADO 17 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



ARDIENTE AURA. VÍCTOR LÓPEZ-RÚA (ES) Y LUIS KERCH

Centro Cultural de España en México (República de Guatemala 18). Gratis.

DOMINGO 18 | 14 HORAS

TALLER INFANTIL



EL GRAN REGALO DEL TLACUACHE

Antiguo Palacio del Arzobispado (Moneda 4). Gratis.

SÁBADO 24 | 12 HORAS

TALLER INFANTIL

ANIMEMOS LA AUTONOMÍA

Museo UNAM Hoy (Moneda 2).
Gratis.

DOMINGO 25 | 14 HORAS

MÚSICA

EHÉCATL PRESENTA: UN VIAJE MUSICAL POR LA HISTORIA DE LA TROMPETA

Museo Mural Diego Rivera (Colón s/n, esquina Balderas). Gratis.

MARTES 27 | 17 HORAS

CINE

SIN RESERVAS

Palacio de la Autonomía (Primo Verdad 2). Gratis.

MIÉRCOLES 28 | 18 HORAS

CONFERENCIA

MODERNIZACIÓN DEL ENTORNO URBANO DEL PALACIO DE MINERÍA

Biblioteca Jaime Torres Bodet del Museo de la Ciudad de México (Pino Suárez 30). Gratis.

JUEVES 29 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

FOTOS EN LIBROS, LIBROS DE FOTOS

Centro de la Imagen (Plaza de la Ciudadela 2). Gratis.

DOMINGO 31 | 12 HORAS

LITERATURA

CUENTONAUTAS: UN ESPECTÁCULO DE CUENTACUENTOS QUE NOS ENSEÑA DIFERENTES FORMAS DE LEER UN LIBRO

Museo de las Constituciones (Del Carmen esq. San Ildefonso). Gratis.

PROGRAMACIÓN SUJETA A CAMBIOS

DE VISITA EN EL CENTRO HISTÓRICO



Tu amigo Efrén y su familia vienen desde otro país a visitarte y tú los llevas a pasear al Centro Histórico de la Ciudad de México. ¡Ahí siempre hay tanto que ver! Pero hoy te das cuenta de que hay algo distinto. Observa bien la ilustración: verás que hay varios elementos y personajes que no respetan para nada las leyes de la lógica y la realidad. ¡Que no se te pase ninguno!





